

á esto, y yo procuraré prepararle con mis lecciones y mis ejemplos; pero que me dejen vencer, vencer una sola vez á esos monarcas, no hace mucho tan humildes y hoy tan arrogantes, he aquí lo que yo pido al cielo y á la nación...»

Napoleón hablaba con sinceridad, pero ¿se conocía bien á sí mismo? Más tarde, cuando hubiera vencido de nuevo á la Europa, lo que pedía con tanto interés á Dios y á los hombres, podría soportar la contradicción, y no sólo la contradicción justa en el fondo, moderada en la forma, sino la contradicción absurda en el fondo, irritante en la forma, como se reproduce frecuentemente en los Estados libres? ¿Podría, repetimos, sonreírse al escucharla y esperar en la lenta justificación de los sucesos? Nadie, respecto de este particular, podía entrever el porvenir, y él se hallaba en la misma situación que los demás; pero se consideraba como obligado á cambiar completamente las instituciones imperiales, porque, si no conseguía la paz, necesitaba al menos conceder la libertad. Los hombres que le sostenían, es decir, los revolucionarios, las personas ilustradas, la juventud, querían una libertad franca y completa y no se contentaban con lo que se llamaba los principios del 89, es decir, con la igualdad civil. Convencido ó no del mérito de la libertad, Napoleón lo estaba respecto de su necesidad, y por esta razón se hallaba resuelto á concederla. Ignoraba los resultados que proporcionaría en el porvenir, y apenas procuraba averiguarlos, porque entonces le dominaba otro cuidado que el de saber si le molestarían más ó menos las nuevas instituciones. Le dominaba el de saber si vencería á la Europa, y esta era la cuestión vital para él y su partido, compuesto de militares, de revolucionarios y de poseedores de bienes nacionales.

Ésta, como decimos, era su única, su verdadera preocupación, la que le hacía olvidar las demás. Estaba pronto á hacer todo cuanto fuese preciso para contentar á los hombres que le sostenían, porque la medida de sus concesiones debía ser la de su celo en sostenerle, y con la claridad de miras de un hombre superior no discutía sobre las cosas de absoluta necesidad. Por todos estos motivos se hallaba firmemente decidido á hacer un ensayo completo de la monarquía constitucional, y deseaba que saliera bien, porque lo contrario sería el triunfo de los Borbones. Sin embargo, no dejaba de tener algún temor respecto de lo que sucedería en los primeros días de este ensayo. Efectivamente, si con los años, en un país donde han durado mucho tiempo, llegan á ser las asambleas un buen instrumento de gobierno, en sus principios son un instrumento dudoso, y la mayor parte de las veces terrible. La manera de dirigir las es un verdadero arte, en el que se distinguen los jefes que saben reunir á las miras de la política el talento de hablar á los hombres, sobre todo cuando se hallan acostumbradas á los sucesos y han acostumbrado al país á sus agitaciones, en cuyo caso no son de temer y ofrecen más recursos, aun en medio del peligro, que un gobierno absoluto sin estar enlazado con la nación en modo alguno. Pero cuando son nuevas, cuando no cuentan con hombres prácticos que las dirijan, utilizarlas por la primera vez en medio de una guerra es una empresa crítica que Napoleón temía singularmente.

En los tiempos modernos, el parlamento británico ha

sabido conservar una actitud conveniente durante la guerra, ya por costumbre ó ya por seguridad, debida á la protección de los mares. En los tiempos antiguos, el senado romano, diversamente admirable, vendió el terreno en que estaba acampado Aníbal; pero era una antigua asamblea acostumbrada á gobernar á Roma en la prosperidad y en la desgracia. Nadie podía lisonjearse en 1815 de reunir en Francia el senado romano ó el parlamento británico. Ahora bien, Napoleón estaba convencido de que en la lucha que iba á empeñar tendría que soportar crueles alternativas, y que perdiendo su sangre fría lo perdería todo. Si, por el contrario, no se alteraba como no se había alterado después de Brienne, después de Craonne y de Laón, era posible que triunfara. Desgraciadamente desconfiaba, no de su valor, sino de la calma de las asambleas nuevas, formadas en vísperas del combate, divididas en facciones de todas clases, y no viendo frecuentemente en un suceso triste más que una ocasión oportuna de satisfacer sus pasiones.

Temía que, al primer golpe, el terror de los unos, la cólera de los otros, la intriga de algunos, hiciesen renacer un caos del que se aprovecharía el enemigo para penetrar una vez más en el seno del país. Así, pues, al querer hacer un ensayo de la libertad temía ponerle en práctica inmediatamente, bajo el cañón de la Europa.

Este temor le inspiró el pensamiento de otorgar simplemente y con poca diferencia la Constitución inglesa, y de aplazar hasta después de las primeras hostilidades su ejecución.

Este proyecto no encerraba ninguna perfidia, sino un secreto presentimiento del peligro que había en reunir una asamblea sin experiencia delante de los ejércitos extranjeros avanzando hacia París. Si hubiera tenido mala fe, hubiera podido fácilmente engañar á los amigos de la libertad haciendo recaer la culpa, no en sí, sino en ellos, con sólo convocar sin perder un instante una asamblea constituyente, y confiarla la misión de elaborar una constitución revisando los senadoconsultos imperiales. En el estado en que se hallaban los ánimos, la lucha entre los antiguos revolucionarios, fieles unos á la Constitución de 1791, fieles los otros á las de 1793 ó de 1795, y los nuevos liberales adictos por persuasión á las instituciones británicas, la lucha, repetimos, hubiera sido inevitablemente larga y violenta, el acuerdo imposible, y mientras que esta liza política hubiese estado abierta, Napoleón, conservando provisionalmente la plenitud del poder imperial, hubiera podido ganar batallas, terminar la guerra, utilizar contra esta asamblea la incoherencia de sus miras, el ridículo de su conducta, disolverla y constituir la Francia como hubiera querido.

Este plan era de un éxito casi seguro, pero necesitaba empezar por convocar una asamblea, y Napoleón la temía durante los primeros meses de una guerra espantosa, cuyo teatro sería el espacio que mediaba entre Lille y París. Además, no sabiendo qué constitución le propondrían, quería mejor formular una inmediatamente y por sí mismo lo mejor que pudiese, y después presentarla al asentimiento del país por la vía usual en aquella época de votos escritos, forma ilusoria pero de poca importancia si el fondo era bueno. Tal era su verdadero pensamiento; pero, aun obrando de buena fe, ¿lograría vencer la profunda desconfianza de los ánimos? No ha-

biéndole creído la Europa cuando hablaba de paz, ¿le creería la Francia al hablarla de libertad, y lo que no sería de su parte más que prudencia verdadera no sería tomado por un pensamiento intencional del despotismo? En esto consistía el peligro; en la vía tan peligrosa que había escogido al regresar de la isla de Elba, iba á caminar bajo el peso enorme de sus pasadas faltas y podía ser que en esta última parte de su carrera le impusiese la Providencia un suplicio reservado frecuentemente á los gloriosos culpables, el de ver rechazado su arrepentimiento, el más sincero, el más leal. Llegó, pues, el momento en que necesitaba fijar sus ideas respecto de las cuestiones constitucionales y de acordar la forma de gobierno que debía dar á la Francia. La fermentación de los ánimos había llegado desde este punto de vista á su colmo. Se escribía en todos sentidos y generalmente en los más extremados. Los antiguos republicanos se despertaban de un largo sueño; los realistas, que hacía poco habían calificado de criminales los más insignificantes votos por la libertad, pedían la república ó poco menos. Otros reclamaban la monarquía de 1791; otros, y entre ellos los jóvenes, tan ajenos á las preocupaciones del antiguo régimen como á las del nuevo, se inclinaban más bien hacia la constitución británica, aunque todavía no conocían su mecanismo. Sin embargo, aunque sólo tenían una idea vaga de él, era el gobierno que preferían, y es preciso añadir que la mayoría del país se inclinaba en su favor. Hubiera deseado pura y simplemente la Carta de 1814 un poco más amplia.

En general, todos los que no eran revolucionarios acérrimos, é inaccesibles á las lecciones de la experiencia, ó realistas que estimulaban el desorden por interés de partido, deseaban la monarquía constitucional. El ilustre Sieyès, cuya superior inteligencia había penetrado el profundo mecanismo de la monarquía inglesa, no pedía otra cosa para la Francia, y aunque no estimaba á Napoleón, opinaba que era preciso afiliarse á él para salvar con su socorro la doble causa de la revolución y de la independencia nacional. Carnot, exasperado por un año de dominación de los Borbones, conmovido por el proceder de Napoleón y por la confesión que hacía de sus faltas, quería que se probase á hermanar bajo su mando la monarquía con la libertad. Fouché, poco sensible á las teorías, temiendo más que nada á Napoleón á quien había visto volver con pena, no deseando precisamente su derrota, que restablecería acto continuo á los Borbones, pero buscando garantías contra él, procuraba disminuir su poder en beneficio de las oposiciones que pudieran nacer en las futuras cámaras que se proponía dirigir con la intriga. Como todo el mundo quería la monarquía constitucional, pero disminuyendo en lo posible el poder del soberano.

El partido constitucional (como se le llamaba durante el reinado de Luis XVIII) fué dispersado por la revolución del 20 de marzo, y sus principales miembros, sumamente comprometidos, se apresuraron á evadirse de la venganza de Napoleón; pero se tranquilizaron al ver su manera de obrar, y muchos de ellos permanecieron en París donde les consentían vivir tranquilamente. Madama de Stael no abandonó su morada; Mr. de Lafayette se volvió á sus haciendas de Lagrange. El más activo y el más comprometido de todos por sus escritos

ultrajantes contra el imperio, particularmente por su famoso artículo insertado el 19 de marzo en el *Journal des Debats*, Mr. Benjamin Constant, se proporcionó un pasaporte del ministro de América Mr. Crawford y permaneció oculto esperando el momento de utilizarle.

Estos diversos personajes, muy desengañados y separados de los Borbones á causa de los últimos acontecimientos, estaban dispuestos, si se les aseguraba la inviolabilidad personal y si se realizaba lo que se decía acerca de las intenciones liberales de Napoleón, estaban dispuestos, repetimos, á ensayar con él la monarquía constitucional que en vano habían querido inaugurar á la sombra del trono de Luis XVIII. El príncipe José, que habiendo deplorado la facultad concedida á Napoleón de hacerlo todo hasta perderse, participaba exactamente de los sentimientos del partido constitucional, procuró anudar relaciones con los jefes de este partido, especialmente con Mr. de Lafayette y madama de Stael, y se esforzaba en persuadir á Napoleón á fin de que se pusiese en relaciones con ellos, en lo que Napoleón no demostraba ninguna repugnancia.

Respecto de los hombres de Estado del imperio, en su mayor parte antiguos revolucionarios disgustados de la libertad ó antiguos realistas afiliados á Napoleón por el prestigio de la fuerza y de la gloria, acostumbrados bajo su mando á la autoridad absoluta, tenían poca afición y poca confianza en los ensayos de libertad que se proponían llevar á cabo. El archicanciller Cambaceres con su buen juicio práctico reconocía, sin embargo, que no había más remedio que hacer estos ensayos; pero sirviendo por pura obediencia desde el 20 de marzo limitaba su cooperación á la administración de la justicia. Mr. Mollién, Mr. de Gaeta y Mr. Decrés habían recuperado con sus funciones la costumbre de dejar á Napoleón resolver por sí solo las grandes dificultades. Mr. de Basano aprobaba las intenciones de Napoleón como tenía de costumbre, pero no abrigaba su acostumbrada confianza en los resultados que conseguiría. Monsieur Molé, protestando á la vez de los hombres y de las cosas de entonces, manifestaba dudas que le permitían estar en un retiro, en una adhesión á medias. Con efecto, no había aceptado más que la administración poco comprometedora de los puentes y calzadas. Pero de todos modos los más vivos impulsos se inclinaban en favor de una monarquía constitucional muy liberal. En este sentido se escribían infinitos folletos, infinitos artículos de fondo, y hasta se dirigían á Napoleón numerosas memorias acerca de la futura Constitución, memorias en su mayor parte muy extrañas, porque en general las personas que presentan á un príncipe planes que no les ha pedido, ó son intrigantes que desean ponerse en evidencia, ó extravagantes que quieren dar á conocer sus delirios. Napoleón hojeaba estos *factums*, tan pronto irritándose como riéndose de su contenido, pero frecuentemente se entristecía al considerar el estado de los ánimos en la víspera, como quien dice, de una sangrienta lucha contra la Europa. Mr. Lavallette era en aquella época su confidente. Consideraba como á este último al anciano Cambaceres, estimaba lo mismo á Mr. de Basano, pero su pensamiento activo, que necesitaba desahogarse, no encontraba en él primero más que un eco apagado y en el segundo un eco monótono, razón por la cual abría su alma con gusto á Mr. Lavallette, inteli-



gencia superior y hombre seguro, independiente, que aconsejaba sin quejarse de que fuera desconocida su sabiduría cuando eran rechazados sus consejos. Napoleón conversaba con él algunas veces durante una parte de la noche, aun después de haber trabajado todo el día.

Al leer algunos dictámenes expuestos con el tono de la exigencia y en ciertas ocasiones con el de la amenaza, se irritaba, se paseaba rápidamente por los salones del Eliseo, y después de todo exclamaba que la Francia no conocía á ninguno de aquellos tribunos, que sólo conocía y tenía confianza en él, y que si dejaba obrar no tardarían el ejército y el pueblo en destruir á los realistas y cerrar la boca á los charlatanes. Después, antes de que Mr. Lavallete le demostrase la indignidad de este acto, volvía en sí y se limitaba á sonreírse de las extravagancias que había en los escritos que llenaban su mesa, y comparando la Francia de 1800 que le suplicaba la librase de los *charlatanes*, con la Francia de 1815 que reclamaba una libertad sin límites, preguntaba si todo esto era verdaderamente formal y si deseos tan distintos atestiguaban una necesidad real y una profunda convicción.

Mr. Lavallete le replicaba que no debía hacer caso ni de los ánimos ni de los tiempos extremados, pero que examinando la disposición más habitual de la Francia, la encontraría anhelando con perseverancia una libertad moderada que la pusiese á la vez en salvo de los extravíos de un hombre y de los desórdenes de la multitud; que la cuestión para ella había consistido en la medida, no en el fondo de las cosas, y que si se examinaba atentamente el espíritu de la Francia se reconocería que desde 1789 había siempre querido lo que entonces deseaba. Napoleón se convencía al oír estas sabias observaciones; pero se afligía pensando en la diversidad, en la confusión que por entonces reinaba en las ideas, y esta aflicción la motivaba la crisis militar por que iban á pasar, preguntándose si con el desierto desgraciadamente harto visible de los amigos de la libertad podría hacer frente á la espantosa lucha que no tardaría en tener que empeñar. «¡Hacer, decía, un primer ensayo de libertad al ruido del cañón!; ¡y qué ruido!; ¡nunca se habrá oído otro semejante!...» De cualquier modo, lo que menos pensaba era resistir á los deseos de los amigos de la libertad, porque no comprendía los términos medios: necesitaba colocarse á su lado ó al de los realistas, y como no podía encontrar apoyo en los últimos era preciso que buscara el apoyo de los primeros. Por lo demás, del mismo modo que en la guerra era compasivo, tranquilo en presencia del peligro, demostraba en la nueva situación en que se veía una dulzura singular, no manifestaba la menor impaciencia, se esforzaba en atraer á la razón á los que se separaban de ella, y en el fondo se cuidaba mucho menos de la parte de poder que le dejarían que de los medios que le concederían para combatir y vencer al enemigo exterior.

Ya hemos expuesto su idea íntima, secreta: no quería convocar una asamblea constituyente por más que esto fuese un medio seguro de matar la libertad con el ridículo que resultaría de la confusión de ideas, sino rodearse de algunos hombres aptos, redactar con ellos una constitución que no dejase nada que desear á los verdaderos liberales, promulgarla solemnemente, acudir

después en busca del enemigo y no convocar las nuevas cámaras hasta después de haber alejado los ejércitos de la coalición á una distancia respetable de la capital. Respecto de los hombres aptos para redactar una constitución, el azar puso á su disposición uno que era el más á propósito aunque el menos previsto en aquellas circunstancias. El fogoso escritor que el 19 de marzo había anunciado á la Francia la vuelta de Napoleón como una calamidad, y había contraído en nombre de los amigos de la libertad el compromiso de no afiliarse nunca á él, Mr. Benjamín Constant, permaneció oculto en París, como hemos dicho, procurando menos los medios de evadirse que los de permanecer en la capital sin correr ningún riesgo. Comprendiendo que no habría peligro en confiar el secreto de Mr. Benjamín Constant al general Sebastiani, hombre indulgente, se dirigieron á él para confiárselo, y en cuanto el general supo que se hallaba en París fué á visitar al emperador y le anunció que Mr. Benjamín Constant permanecía en Francia á su discreción. «¡Ah!, ¡vos le guardáis!» exclamó Napoleón como considerándose dichoso de poder ejercer una venganza ardientemente deseada. El general, sorprendido, estuvo á punto de alarmarse, pero Napoleón no le dió lugar. «Tranquilizaos, le dijo, no quiero hacer ningún daño á vuestro protegido: enviádmelo, que os aseguro que saldrá muy contento de mi lado.» Napoleón pensó de pronto que podía en aquella ocasión dar una ruidosa prueba de su generosidad, conquistando la primera pluma de la época, y hallar el redactor más autorizado de su futura constitución, perdonando y elevando á un puesto considerable al más injurioso de sus adversarios; y apenas cruzó este pensamiento por su mente se decidió á realizarlo. Algunos creerán que al observar esta conducta le impulsaba, más bien que la generosidad, el desprecio que sentía hacia los hombres, y apreciarán mal el sentimiento que entonces le animaba; pero este sentimiento no era otro que el de la clemencia tan decantada de César, es decir, un profundo conocimiento de los hombres, un discernimiento muy exacto de la poca solidez de sus pasiones, una gran flexibilidad para con ellos y un perfecto arte de atraérselos seduciéndolos. De cualquier modo, Napoleón mandó á Mr. Benjamín Constant, por medio de su chambelán de servicio, la invitación más amable que puede darse, rogándole que fuese á verle.

Hoy día que cuarenta años de discusión pública nos han enseñado la práctica (olvidada momentáneamente, según espero) de las instituciones libres, y por consecuencia el respeto que mutuamente nos debemos, pocas personas responderían á semejante invitación, ó cuando más hubieran acudido á suplicar respetuosamente al soberano el permiso de conservar su dignidad permaneciendo separados de un gobierno al que hubieran violentamente combatido; pero Mr. Benjamín Constant, descontento de los Borbones que tan mal habían correspondido á los buenos deseos de los constitucionales, creyendo en las seguridades liberales dadas por Napoleón, y convencido al mismo tiempo de la necesidad de apoyar al único hombre que podía salvar á la Francia de una invasión, aceptó sin titubear la invitación del soberano.

Napoleón podía tomar diversas actitudes ante este hombre de tanto talento que entonces se hallaba á su

disposición; hubiera podido ser con él severo ó cariñoso, y en ambos casos no hubiera obrado con oportunidad; así, pues, le recibió con sencillez, con finura y con la mayor franqueza; olvidando el pasado, no habló con él más que de la obra que Mr. Benjamín Constant estaba llamado á desempeñar. Le dijo que habiendo prometido á la Francia una constitución liberal, quería otorgársela y otorgársela del modo que más la convenía con las restricciones de un poder tímido ó las complacencias calculadas de un poder astuto, concediendo desde luego más de lo necesario para tener el derecho de retirarlo todo en seguida; que los espíritus se hallaban muy animados respecto de este particular y naturalmente poco razonables; que no era seguro que esta fuese su última resolución porque habían variado mucho desde 1800, época en la que no quería ninguna libertad, mientras que entonces reclamaban todas las conocidas; que respecto de la constitución, necesitaban no engañarse porque los deseos de una constitución libre eran los que abrigaba una minoría; que las masas populares no querían más que á él, á Napoleón, y le pedían sólo que las libertase de los nobles, de los curas y del extranjero; pero que por su parte tenía empeño en escuchar los votos de los hombres ilustrados y mostrarse tan ilustrado como ellos; que así, pues, se hallaba firmemente resuelto á establecer la monarquía constitucional; que no existía más que una, consistente en ministros responsables, obligados á discutir en el seno de las cámaras los asuntos del país, y en una completa libertad de imprenta sin previa censura; que especialmente, sobre este último punto, estaba plenamente convencido de que era pueril querer encadenar la prensa; que, por consiguiente, no habría con él ninguna dificultad de fondo, y que sólo se trataría de buscar una forma conveniente sin humillarle; que podían dudar de que se acomodase á las trabas que se iba á imponer; que la desconfianza respecto de este punto era permitida; que no le ofendía, pero que se hallaba muy preparado para soportar los disgustos que le ocasionase el régimen constitucional, y que en todo caso esperaba que le guardarían consideraciones; que en otro tiempo había abrigado vastos designios, que para realizarlos hubiera sido un obstáculo el gobierno constitucional, pero que en lo sucesivo no le preocuparía más que un solo interés, el de resistir al enemigo exterior; que no debían ocultarse que la lucha sería terrible; que permitía hablar de negociaciones, pero que en realidad nada se negociaba; que era absolutamente necesario batirse á muerte, y que estaba seguro de que no le negarían los recursos suficientes para aprender este combate; que después de haber arrojado al enemigo del territorio se apresuraría á concluir la paz; que entonces, cuando sólo se tratase de administrar el país, el concurso ilustrado de sus representantes, por más que fuesen quisquillosos, no dejaría de agradecerle; que á los cuarenta y seis años no se tenía el mismo carácter que á los veintiséis; que estaba muy cambiado, y que de todos modos el gobierno, dividido, pero fuertemente apoyado, de una monarquía liberal convendría más que nada á su hijo; que trabajaba para él más aún que para sí propio; que en vista de esto no podía haber entre él y los amigos ilustrados de la libertad ninguna divergencia formal, y por último, que toda la cuestión consistía

en la forma, queriendo, como quería y esperaba, que se respetase su gloria y su dignidad, que eran las de la Francia.

Estas palabras, pronunciadas con un acento tranquilo, firme, resuelto, y á la sombra de tantos laureles, asaltaron vivamente la imaginación impresionable de Mr. Benjamín Constant, le persuadieron completamente ó poco menos, y dió gracias á la suerte por haberle hecho prisionero de semejante vencedor. Napoleón le entregó en seguida una porción de proyectos de constitución, unos firmados y otros anónimos. Hasta entonces había permanecido atento, pero austero en cierto modo: desde aquel momento cambió de repente, y cogiendo algunos de los proyectos y explicando su contenido y nombrando á sus autores: «He aquí uno de un republicano, dijo; he aquí otro de un monárquico por el estilo de Mounier; he aquí otro de un realista puro...» Después, exponiendo sus respectivas ideas, Napoleón se sonreía al notar el contraste que de ellas resultaba con el nombre de sus autores, porque los republicanos no proponían en su mayor parte más que el despotismo, y los realistas la anarquía. «Haced de todo esto lo que gustéis, añadió, fijad vuestras ideas, que sin duda lo están ya, buscad una fórmula, y volved á verme, que estoy seguro de que sin gran trabajo nos pondremos de acuerdo.» Napoleón se despidió de Mr. Benjamín Constant sin haberle acariciado ni maltratado, pero habiéndole dominado con la naturalidad, el encanto y la firmeza de su inteligencia, ante la cual toda cuestión se presentaba, no como para ser decidida, si no resuelta ya.

Mr. Benjamín Constant era el hombre de aquella época que, además de su talento como escritor claro, picante, incisivo, poseía mejor la teoría de la monarquía constitucional. No le faltaba más que haber aprendido con la experiencia dónde residen los puntos esenciales de este mecanismo, y aunque estuviese más próximo á conocerlos que ningún otro de sus contemporáneos, no sabía todavía con toda precisión lo que debía sostener esencialmente y lo que podía conceder con más facilidad. Pero no participaba de ninguno de los errores dominantes, y habiendo sido el publicista empleado por el partido liberal contra la primera restauración, gozaba de crédito como redactor de constitución, crédito del que ninguno como él en Francia podía vanagloriarse con tanta justicia.

Fijo en sus ideas, no podía durar mucho su tarea, al menos respecto de la concepción, y no tardó en volver á visitar á Napoleón. Le halló tan natural como la primera vez, pero más amable todavía, llegando á ser las relaciones de estos dos personajes en cada nueva entrevista, no más fáciles, pero más convenientes. En la segunda sesión se ocuparon de los detalles de la futura constitución, y no se suscitó ningún desacuerdo acerca de los puntos que tocaron los dos interlocutores. Napoleón aprobó sin réplica que la prensa cotidiana estuviese libre de toda previa censura, pudiendo únicamente los tribunales poner coto á sus extravíos. Esto era conceder de un solo golpe todos los puntos más cuestionables de esta materia. Ya hemos dicho que respecto de este particular se hallaba Napoleón plenamente convencido por su anterior experiencia. En cuanto á las dos cámaras, á la obligación en los ministros de asistir á sus



sesiones y de justificar en ellas sus actos, Mr. Benjamín Constant no halló dificultad alguna por parte de Napoleón, lo que era aceptar la división del gobierno con ellas, y más aún que la división, porque si con este sistema el monarca se reserva la acción, deja á las cámaras la dirección, y esto, por lo demás, no es más que obedecer á la necesidad de las cosas. Con efecto, en vano se quiere gobernar contra los verdaderos sentimientos de una nación, contra sus ideas dominantes; si algunos días se prueba á hacerlo, no se tarda en renunciar á este sistema. Lo mejor es soportar de buen grado lo que no se puede impedir, aceptar el medio más directo de introducir el pensamiento de la nación en el gobierno, lo que pone á los ministros en el caso de que todos sus actos dependan de las votaciones de las cámaras.

Napoleón concedió además que las cámaras enmendasen las leyes á su gusto, reservando al gobierno el derecho de sancionar ó no las leyes con enmienda; las concedió que pudieran no *suplicar*, como en la carta de Luis XVIII, sino *invitar* al gobierno á presentar ciertas leyes deseadas por la opinión pública, y hasta á indicar sus disposiciones, con condición siempre de que la invitación no fuese dirigida al emperador hasta que las dos cámaras lo hubieran acordado. La cámara de los diputados debía tener el privilegio de ocuparse la primera de las proposiciones relativas á los impuestos; la de los pares, el privilegio de la alta jurisdicción de Estado sobre los ministros, sobre los jefes militares, sobre todos los hombres investidos con un poder superior. Esto era, pues, la monarquía constitucional completa, sin ninguna reserva: sólo quedaba por organizar la formación de las cámaras.

Para la cámara de los diputados, la menor en dignidad, la mayor en influencia, aceptó Napoleón la elección directa. Si hubiera habido tiempo, hubieran podido redactar una ley electoral que hubiese indicado sin pérdida de tiempo la categoría de los ciudadanos investida con el derecho de nombrar los diputados. La materia era nueva y grave, y era difícil, en el estado de los conocimientos adquiridos, resolver las cuestiones que naturalmente suscitaba. Pensaron, pues, utilizar el sistema en práctica modificándolo en algunos puntos. Este sistema de Sieyès consistía en hacer designar por la universalidad de los ciudadanos cerca de cien mil electores vitalicios, repartidos en dos clases de colegios, colegios de distrito y colegios de departamento. Había una ventaja aparente en asociar á todos los ciudadanos para la elección; pero en cambio resultaba de esto el vicio profundo, inherente al sufragio universal, de ser ilusorio, porque lo que hay de más importante en la intervención del país es que vote no la totalidad de los ciudadanos, sino la porción de ellos ilustrada y capaz de tener una opinión. Sin embargo, los cien mil electores inscritos entonces en las listas podían demostrar lo bastante el pensamiento de la nación; y renunciaron á la combinación sutil de hacer presentar los candidatos por los colegios de los distritos á los de los departamentos, y por los colegios de los departamentos al senado, lo que no era más que un modo de sofocar la verdadera opinión del país, no precisamente entre dos postigos, sino entre dos escrutinios. Napoleón otorgó á los colegios de los distritos el derecho de nombrar directamen-

te trescientos diputados, y á los colegios de los departamentos otros tantos sobre poco más ó menos, y siempre directamente, con los que se formaría una asamblea casi igual en número á la cámara de los comunes de Inglaterra. Mr. Constant aceptó estas bases que constituían una inmensa mejora, porque ni aun con la Carta de 1814 habían tenido más que el cuerpo legislativo, nombrado por el senado en presencia de las listas de los candidatos formadas por los colegios electorales. Napoleón aceptó lo que la experiencia ha consagrado después como la única combinación razonable, la renovación íntegra de la segunda cámara de cinco en cinco años. Respecto de la formación de la primera cámara, hubo más diferencia entre Napoleón y Mr. Benjamín Constant; no porque el uno quisiera conceder menos y el otro obtener más, sino porque el asunto por sí mismo suscitaba á primera vista las mayores dudas.

Mr. Benjamín Constant, sin estar absolutamente decidido, se inclinaba en favor de que la dignidad de par fuese hereditaria, porque consideraba esta institución como la que en la formación de una alta cámara ofrecía una ventajosa mezcla de gravedad y de independencia de ánimo. Napoleón, participando de este dictamen más aún que el mismo Benjamín Constant, se negaba, sin embargo, á introducir el derecho hereditario en la nueva Constitución: «Es necesario, decía, una aristocracia, y sobre todo es necesario que subsista en un Estado libre, en los que la democracia goza siempre de una influencia preponderante. Un gobierno que se mueve en un solo elemento es como un globo en los aires que va inevitablemente donde le empujan los vientos. Por el contrario, el que se halla colocado entre dos elementos y puede servirse de ambos á su antojo no llega á ser juguete de ninguno. Es como un navío que se sostiene sobre las olas, y no emplea los vientos más que para marchar. El viento le empuja, pero no le domina.» No podía expresarse este pensamiento tan profundo bajo una forma más ingeniosa. Pero aun pensando de este modo, Napoleón temía en el estado en que se hallaban las cosas no poder utilizar lo que había de aristocracia en Francia. «La antigua nobleza está contra mí, decía, y la nueva es muy nueva. Nada de esto se parece á la aristocracia inglesa, habiendo contribuido á otorgar la Constitución al país, y no habiendo cesado de practicarla... Por otra parte, añadía, nuestro pueblo está lleno de prevenciones contra la nobleza hereditaria. Lo que le anima más en el día, lo que le hace acercarse á mí es el odio que profesa á los nobles y á los curas, y si le presentáis la *pairie* hereditaria, le haréis clamar contra el gobierno, sin que os halléis seguro de haber creado una verdadera aristocracia con una cámara de pares que durante mucho tiempo no estará constituida más que por chambelanes y generales...»

En atención á estos diversos motivos, se hallaba Napoleón sumamente perplejo, porque si la *pairie* hereditaria estaba de acuerdo con sus convicciones, temía el efecto que podía producir en el sombrío ánimo de los liberales franceses.

En cuanto á las garantías generales, tales como la inamovilidad de la magistratura, la libertad individual, la libertad de cultos, etc..., las aceptó sin réplica, limitándose á pedir una redacción clara, precisa, que no pudiera dar lugar á ningún equívoco. Sólo hubo una

garantía que al pronto se negó á conceder, y con mucha vivacidad, tal fué la abolición de la confiscación. No quería, como comprenderán nuestros lectores, estipular lo contrario, pero deseaba que este punto se pasase en silencio. «No me propongo, dijo, apoderarme de los bienes de nadie y en nada quiero imitar á la Convención Nacional; pero se me prepara una nueva emigración. Si la guerra se prolonga, habrá un levantamiento en la Vendée. Que se prolongue ó no, habrá asociaciones en nuestras fronteras como las de Coblenza. Ya se ha formado una en Gante en la que figuran hombres á quienes he colmado de honores y riquezas. Esta asociación se aumentará cada día, y si no he terminado la lucha en tres meses, se organizará allí un gobierno cuyas órdenes serán obedecidas por ciertas clases de franceses con más puntualidad que las mías. No creáis que pienso hacer caer la cabeza ó apoderarme de la fortuna de los culpables; pero no puedo estar desarmado, y si me faltan medios de intimidación no sabré cómo defenderme del gobierno exterior reconocido y obedecido en el interior. Actualmente tengo en Besanzón y en Marsella antiguos prefectos de Luis XVIII que dan órdenes secretas á sus amigos. Voy á expulsarlos, pero permanecerán en la frontera y harán el mismo daño que estando dentro del territorio. Es necesario que yo pueda contener á los enemigos declarados y adherirme los dudosos. Estad seguro de que, con la facultad de secuestrar los bienes sin confiscarlos, podré dominar hasta á Mr. de Talleyrand. Por lo demás cuando alcance la paz, restableceré esta garantía que creo indispensable: hasta entonces deseo abstenerme de ella.»

Esta mala disposición fué la única que Napoleón dejó entrever en la concepción de la nueva Constitución: pero se mostró obstinadamente resuelto á conseguir lo que pedía, y hacía mal sin duda en querer reservarse una parte cualquiera de poder arbitrario, porque algunos medios de intimidación más ó menos no podían salvarle ni perderle, debiendo solamente decidirse su suerte en el campo de batalla. De todos modos, para ser enteramente justos, debemos convenir en que la conducta que observaban entonces los realistas disculpaba los deseos de Napoleón. Aterrorizados al pronto, permanecieron pacíficos; pero tranquilos al ver la libertad concedida á todos los partidos para hablar, escribir y agitarse, se aprovecharon de ella en sumo grado; iban y volvían públicamente desde París á la Vendée, desde París á Gante, conociéndose que preparaban la guerra civil en la Vendée y movimientos realistas en el seno de la capital.

Por entonces no había motivo de inquietud; pero el enemigo avanzaba hacia París, el peligro podía ser inminente, y se comprende, sin dejar de desaprobarnos los deseos de Napoleón, que un hombre activo, acostumbrado á no detenerse ante los obstáculos, próximo además al triunfo de las doctrinas revolucionarias, pidiese medios de intimidar á sus adversarios, aunque no proyectase utilizarlos. Mr. Benjamín Constant aplazó esta cuestión, resuelto por lo demás á insistir sobre ella. Todavía quedaba otra puramente de forma, y respecto de la cual parecía Napoleón irrevocablemente decidido: tal era la del título y el modo de presentar á la nación el nuevo documento constitucional de cuya redacción se ocupaban. Quería otorgar esta nueva carta como

Luis XVIII había otorgado la suya; pero salvando las apariencias, y en esta materia las apariencias eran mucho, porque implicaban el reconocimiento ó la negación del derecho. «He reconocido, decía, la soberanía nacional y no la he hecho un gran favor, porque en realidad la nación es soberana y no hay más soberano durable que el que ella quiere conservar. Así, pues, no pretendo, á imitación de Luis XVIII, presentar como emanada de mi derecho la Constitución que voy á dar á la Francia; pero sí presentarla como emanada de mi buen juicio, hacerla del mejor modo posible, y respecto de este particular vos y yo valemos más que una asamblea que nunca acabaría de confeccionarla, y que trastornaría al país sin llegar á obtener ningún resultado. Una vez terminada nuestra tarea lo mejor que podamos, la ofreceré á la aprobación nacional en la forma adoptada para las antiguas constituciones imperiales, la de la inscripción de los votos en los registros abiertos en las alcaldías. Se dirá que esta forma es ilusoria y yo convengo en ello. Sin embargo, no es más ilusoria que la convocación de asambleas primarias que ofrecería una forma más complicada, pero mucho más formal. En este caso, lo esencial es obrar bien, y en cuanto á la forma, con tal que no sea una negación del fondo, la más sencilla es la más preferible. La verdadera aceptación del pueblo es su duración, que es su asentimiento ilustrado después de la experiencia de la práctica de una Constitución.»

Mr. Benjamín Constant no se hallaba dispuesto en modo alguno á contestar estas ideas, porque también creía conveniente evitar la reunión, bien fuera de una asamblea constituyente que emplease un año para no producir nada, ó bien la de asambleas primarias que podían excitar una confusión desastrosa, y emplear la forma de aprobación más breve con tal que reasumiere el reconocimiento expreso de la soberanía nacional. Sin embargo, deseaba que la nueva Constitución se diferenciase de las antiguas imperiales, no solamente en el fondo (esto ya estaba convenido), sino en la forma; que se distinguiese de ellas sobre todo en el título, á fin de que inspirase confianza, no exponiéndola á ser confundida con los antiguos senadoconsultos, los que apenas salían de la mente de Napoleón los convertía el servilismo del senado en leyes fundamentales de la nación. Por consecuencia, decía que sin ser engañados por las hipocresías de forma, era necesario de un modo ú otro conjurar la desconfianza general, y para esto dar á la Constitución un carácter nuevo que la diferenciase por completo de las precedentes. «No, no, respondía Napoleón, quieren arrebatarme mi pasado, hacer de mí lo que no soy, otro hombre; borrar de este modo quince años de reinado, destruir mi gloria y la de la Francia, ¡como si todo hubiera sido malo en mi primer reinado!.. No lo consentiré nunca. Puedo muy bien ceder á la experiencia y sobre todo á las circunstancias que no permiten ya la dictadura de que he estado investido, pero no por esto quiero que se me humille. Además, creedme, la Francia desea á su antiguo emperador un poco modificado sin duda, pero que sea él y no otro...»

Respecto de este particular, se mostró Napoleón enteramente resuelto, porque veía en una forma absolutamente nueva una intención de humillarle imponiéndole la necesidad de renegar de todo su pasado. Debían,